

ECONOMIA DE PLANTACION EN CUBA (XVI-XIX): EL PROBLEMA DE LA MANO DE OBRA. (ESTUDIO DE ANTROPOLOGIA ECONOMICA).

Oscar FERNÁNDEZ ALVAREZ

ABSTRACT

Spanish people arrived at Cuba with their own sketch of economic and politic organization, so that reproduced social relations prevailing in Europe. Immediately there's an effort for changing indian agriculture in growing occupation assigned subsistence of colonizer.

Our purpose in this paper is to illustrate the freak of how the increase of slave people was entailed to the planting of sugar economy.

at the end of XVI, a long succession of processes worked to make a sugar industry in Cuba, that'd marked their historic trace.

PALABRAS CLAVE.

Antropología económica, Cuba, Esclavitud, Manufactura azucarera

I. INTRODUCCION

Cuando los conquistadores llegaron a América, el choque de la economía y los instrumentos bélicos europeos con los de los indígenas produjo la destrucción y pulverización de éstos. Se apoderaron de todos los recursos. Los españoles dispersaron a los indios arrancándoles de sus caseríos y sembrados para llevarlos a lugares lejanos, a estancias o a minas, o los empleaban como cargadores de equipaje. El español, conquistador o colono no se plantea si el indio tiene o no derecho sobre es tierra y, por consiguiente, se apodera de ella como se apodera del indio. Por otra parte, la tierra en Europa es símbolo de poder. Hay pues, un impulso por poseer tierras, sobre todo en la masa de la pequeña nobleza y, en general, en todos los grupos a quienes la desposesión resultante de la disolución el régimen feudal transforma en una masa de hombres sin oficio ni beneficio. Esto quiere decir que los conquistadores y colonizadores llegaron a Cuba con su esquema de organización económica y política y por consiguiente, pretenden reproducir en estas tierras las relaciones sociales imperantes en Europa. El español, por tanto, tiene que ajustar sus relaciones sociales y su organización económica a las condiciones que encuentra en América: se apodera de la tierra, con lo cual la minoría de europeos que la obtiene, adquiere poder económico, social y

político; pero como no tiene siervos de la gleba, lo que hace es someter al indio a un régimen de trabajo semejante al de la esclavitud.

En efecto, y según Le Riverend (1972: 42 y ss.), el fenómeno que predomina en América hasta mediados del XVI, es el de la apropiación de la tierra como **hecho consumado** que ni siquiera respeta la propia doctrina ni legislación de la época. Lo cierto es que a fines del siglo XVI se ha consolidado la oligarquía latifundista y que la mayor y mejor parte de la tierra cubana a pasado a poder de un reducido número de colonos. Y durante el siglo XVII, hasta 1659, la situación no varía sustancialmente, aun cuando la escasez creciente de tierras libres va limitando la formación de latifundios.

De inmediato hay un esfuerzo por transformar la agricultura de los indios en un ocupación creciente destinada a garantizar la subsistencia del colono. Este impulso inicial supone un continuidad de la explotación indígena de ciertos productos. Implica además, la continuidad de la tradición técnica indígena, pues son los indios los que trabajan la tierra. Al principio, pues, lo único que aportan los europeos, es la exigencia de un trabajo más intenso, de un rendimiento más alto del trabajador indígena, actor muy importante en la extinción física, total o parcial, de los habitantes de América.

En los primeros tiempos se difunden las estancias por todo el territorio; pero cuando se acelera el proceso de extinción del indio y ocurren las primeras sublevaciones (1528-1532) tienden concentrarse en torno a las ciudades. La estancia representaba un forma intensiva (minifundio) de sacar provecho a la tierra. En ella hay ganado bovino y porcino y, también se introducen en ella los cultivos europeos o extranjeros, aunque esto ocurre a lo largo de varios años después de la conquista. En las estancias también hay indios y, un poco más tarde, esclavos africanos aparte de los europeos, propietarios, aparceros o administradores de la estancia.

Hacia 1530 los indios habían desaparecido en gran número, y aunque en visible disminución, continuó siendo un trabajador de cierta importancia. Aparecerán entonces las **reducciones**. En la segunda mitad del siglo XVI se regula que los indios sean agrupados en pueblos, de modo que vayan asimilando las formas de vida del europeo. Esos pueblos o caseríos son las **reducciones**, que a partir de 1550 se utilizarán como instrumento de dominación de indios nómadas o reacios. Las condiciones sociales existentes, después de más de medio siglo de colonización, creaban en el indio, la obligación de trabajar: había sido desposeído de sus tierras y carecía de oportunidades para obtener mercedes municipales. "Sólo le quedaba un camino: trabajar al modo que trabajaban en Europa los desposeídos" (Le Riverend, *ibid*:65).

Con los primeros síntomas de extinción de los indios, se redoblan los esfuerzos por obtener esclavos africanos, mas no en licencias, sino en grandes

embarques. Es posible, pues, que los ciento cuarenta y cinco esclavos traídos de Cabo Verde en 1526 fueran la primera **cargazón** llegada a Cuba. Los primeros intentos por crear una industria azucarera llevan aparejados la petición enfática de importación de africanos. Y no falta información sobre la llegada de **cargazones** de cierta cuantía en 1571 y 1604, ilustrativas de un tráfico que, pese a su irregularidad, iba en aumento.

II. LA CREACION DE UNA INDUSTRIA AZUCARERA

A fines del siglo XVI hay varios factores que cooperan a la creación de la industria en Cuba. Por un lado, la decadente producción en otras Antillas que, además, estaban mal situadas en relación con el tráfico marítimo con España; Por otro, la decisión de prohibir la fundación de nuevos ingenios en México y, finalmente, la expansión del consumo en Europa, que requería una producción colonial creciente. Se presentó entonces, la oportunidad para los colonos ricos de Cuba. Los vecinos de La Habana iniciaron gestiones para que la corona proveyera un préstamo a los que desearan edificar trapiches o ingenios, que parecen estar operando poco después de 1590.

En la primera década el siglo XVII comenzaron las exportaciones de azúcar a España y hacia 1620, (Le Riverend, *ibid*: 96), hay un total de unos 50 ingenios y trapiches que, a un promedio de 1.000 arrobas cada uno, tenían una producción de 50.000 arrobas. Posiblemente aumentó después, pues se sabe que hubo nuevos ingenios y una explotación de 80.000 arrobas hacia 1670. Pero en los documentos del siglo XVII, por virtud de las quejas constantes de los vecinos poderosos según los cuales, la falta de esclavos, la falta de transporte y los impuestos impiden el crecimiento de la industria, se refleja una época de estancamiento.

La expansión simultánea de los cultivos cañeros, cafetero y de otros, a fines del siglo XVIII, plantea la urgencia del cambio radical en la legislación agraria. La tierra arable se necesita libre de toda traba, libre de supervivencias del régimen iniciado en el siglo XVI. Es preciso poder cambiar, vender y comprar libremente la tierra. Los hacendados azucareros son los que más enfáticamente piden esa libertad y, en suma, lo que quieren es que la tierra se transforme en un simple artículo de comercio; en una auténtica mercancía libre de limitaciones pues no eran pocas las leyes y disposiciones que impedían el libre uso y la libre transmisión de la tierra. Esta lucha que se extiende por más de 40 años, desde 1780 a 1820, es favorecida no sólo por el poder de los hacendados azucareros, sino porque también, en la propia España están penetrando las formas avanzadas del capitalismo, que requieren cambios coloniales.

El fenómeno de crecimiento de la población esclava está vinculado íntimamente a la organización de una economía de plantación azucarera. El cultivo de la caña y la producción de azúcar requería cientos de esclavos y, a medida que creció la explotación de este producto, la intensificación de las labores provocó una mayor muerte de esclavos, aceleró su desgaste y vida útil corta, basada en rendimientos muy altos por la intensificación del trabajo, interesaba al amo mucho más que una vida larga basada con rendimientos bajos. Prueba de ello es que los hacendados azucareros se preocupaban siempre por explotar al esclavo, más que por conservarlo.

El sistema de producción esclavista iniciado en el siglo XVI, se caracteriza ahora, durante el siglo XVII, por un crecimiento lento. Pudiera incluso afirmarse que después de 1620, el ritmo de introducción de esclavos disminuye o se mantiene estacionario. La historia del siglo XVIII prueba que en cuanto había más posibilidades de exportación y se requería producir más, inmediatamente aparecían los esclavos, traídos por los mismos intereses capitalistas que deseaban adquirir más productos cubanos. Del mismo modo, la industria azucarera, fundada a finales del siglo XVI, tiene un escaso o reducido crecimiento hasta 1659. A partir de esta fecha es posible que hubiera alguna creación de ingenios especialmente en la zona de La Habana, cerca de la costa o de los puertos.

III. CAMBIOS DEL XVIII.

1.- Hacia la gran manufactura azucarera.

Cuba poseía, según Moreno Friginals (1978, I:15) en grado superlativo, las cuatro condiciones objetivas fundamentales requeridas en el siglo XVIII para asentar una gran manufactura azucarera:

1° Tierras fértiles de fácil explotación, cercanas a los puertos de embarque.

2° Bosques que proporcionasen madera para la construcción de trapiches o implementos y el conjunto de edificios requeridos.

3° Ganado abundante que alimentase a los esclavos y tirase del trapiche y las carretas, principalmente bueyes.

4° Instrumentos de trabajo. La Habana poseía un fuerte desarrollo artesanal.

Sin embargo, hay una primera etapa en la que el crecimiento es relativamente lento. Y es que para producir azúcar, se requería, además de estas condiciones objetivas, un gran volumen de mano de obra esclava. En otras palabras, el desarrollo azucarero dependía del comercio de negros. "Estos dos

comercios, decían los ingleses en 1714, son como causa y efecto, y uno no puede subsistir sin el otro. Si las colonias carecen del suministro de negros no pueden producir azúcar; y a medida que más negros se reciban, y más baratos, más azúcar producirán y a más bajo precio. Y de acuerdo con esta regla, las colonias decaen o florecen".

Un paso excepcional en la creación de una economía monopólica, fue la creación de la Real Compañía del Comercio de La Habana, que estableció las bases de un ordenamiento comercial de la Isla. Pero surge en un momento en que este tipo de sociedades empezaba a decaer en Europa. La división producida dentro del propio grupo gobernante pone de relieve que el monopolio ha dejado de ser un instrumento capaz de encauzar el indetenible crecimiento azucarero. Así estas crisis o luchas del XVIII ponían de relieve:

a) La crisis institucional provocada por el continuo crecimiento azucarero.

b) La proyección capitalista de la sacarocracia en ascenso.

c) La identificación de la manufactura azucarera con la oligarquía criolla (habanera) y su oposición a los comerciantes españoles. El clásico antagonismo comerciante productor comienza a adquirir un matiz político definido: comerciante peninsular vs. productor criollo.

d) Como consecuencia de eso, se va a manifestar también, la contradicción entre los intereses azucareros, controlados por la oligarquía criolla, y los tabacaleros, controlados por el comercio español.

e) El desfase entre el acelerado crecimiento azucarero cubano y el lento desarrollo económico español. La metrópoli, con un mercado interno estático, no puede absorber los incrementos periódicos de azúcar colonial; y al mismo tiempo, con una insuficiente red de navegación comercial, no puede colocarla convenientemente en los mercados extranjeros.

El crecimiento azucarero cubano, además de estar asentado en las excepcionales condiciones productivas de la isla, pudo ser posible gracias a una coyuntura internacional altamente favorable. Desde el siglo XVII el azúcar pasó a ser el primer producto básico mundial: es decir, la mercancía que ocupaba el primer lugar en importancia sobre la base del valor total de las transacciones del comercio internacional. La rentabilidad azucarera de fines del siglo XVII y principios del XVIII llegó a ser de tal grado, que los comerciantes, teniendo en cuenta las guerras, estimaban aseguradas sus utilidades sólo con que a Europa llegase 1 de cada 3 cargamentos enviados. La coyuntura alcista polarizó los fondos invertibles habaneros hacia el sector azucarero y entre 1695 y 1702 se fomentaron cerca de 20 ingenios.

Por otra parte, entre 1700 y 1775 se produce el tránsito de la hegemonía inglesa en el negocio de azúcares al predominio francés, productor y comercial. Con la ocupación inglesa, había enraizado en la isla de Cuba el concepto de plantación de las colonias británicas que no era extraño a la oligarquía habanera. Los productores criollos habían iniciado el despegue y estaban preparados para la aventura azucarera. El inglés les desató momentáneamente del yugo de los comerciantes gaditanos, borró la situación extraoficial que acrecentaba los costos de producción y, por último, les reintegró añejos privilegios municipales. "Por eso la sacarocracia habanera recordará siempre el año del dominio inglés como un fúlgido destello de libertad. Ello fue especialmente visible en los comercios de negros que eran la necesidad fundamental de los hacendados. Por primera vez, el oligarca criollo comercia directamente con el negrero inglés y, en síntesis, los ingleses introdujeron en Cuba, en once meses de dominación, el número de negros (4000) que normalmente hubieran entrado en varios años dentro del régimen español" (Moreno Fragnals *ibid*, I: 34). Pero esta fuerza de trabajo no hubiera podido ser absorbida si previamente no hubiera existido la capacidad de producción instalada. Así, la importancia de la toma de La Habana por los ingleses, para Cuba, está en haber acelerado un proceso inevitable, poniendo a producir toda la capacidad instalada.

2.- Del trapiche a la gran manufactura.

Bajo el estímulo de una coyuntura internacional altamente favorable, durante todo el siglo XVIII los azucareros criollos amplían la producción y continúan el ensanche de sus mercados, creando nuevas relaciones comerciales que a su vez ejercen una influencia disolvente sobre la antigua estructura productora. Así entre 1763 y 1792 se eliminan todos los factores que frenan el desarrollo azucarero cubano y la isla se transforma en el tercer productor mundial. Lanzados los oligarcas criollos al mercado mundial, en donde impera el régimen capitalista de producción y donde se impone a todo el interés de dar salida a las mercancías para el extranjero, el sistema de trabajo que venía desarrollándose en forma primitiva sufre un profundo cambio. El relativo carácter patriarcal de la esclavitud cubana hasta mediados del XVIII es sustituido por la explotación intensiva del negro. "Ya no se trata de arrancarles una cierta cantidad de productos útiles: ahora todo gira en la producción de plusvalía por la plusvalía misma" (Moreno Fragnals, *ibid*, I:48).

Por otra parte, la presencia del azúcar en el mercado mundial imparte al régimen de producción cubano la necesidad inminente de producir en escala cada vez mayor, con su hambre insaciable de trabajo excedente. Este crecimiento en volumen se hará en detrimento de los pequeños productores. Pero,

parece ser que, lo característico de la transformación operada en Cuba con el crecimiento, es su carácter cuantitativo.

Del mismo modo que no se opera un cambio en el régimen de trabajo, tampoco se presenta una mutación técnica. El crecimiento es a base de más tierras cañeras, más corte de leña, más pailas, más hormas, más carretas, pero todo ello sin alterar los moldes anteriores, como no sea el sometimiento del negro a un sistema de vida cada vez más bestial, reduciendo a límites increíbles su vida útil.

La explotación intensiva y extensiva del negro le transformó en un costósimo material consumible y exigió un urgente proceso, siempre creciente, de reposición. A los negros necesarios para la fundación y expansión de las fábricas hay que sumar los que cotidianamente devora el trabajo. Azúcar y negros crecen paralelos en la isla. Y aquí está la gran contradicción que mina todo el sistema cubano de producción. En los nuevos azucareros estaban presentes todas las premisas esenciales del régimen capitalista: La producción y circulación de mercancías. Pero faltaba su base fundamental: el obrero asalariado. Nace así, un tipo de empresario económico caracterizado por su esclavismo, por su riqueza basada en la esclavitud, pero que tiene clara conciencia de que esa esclavitud es al mismo tiempo el gran freno, la cadena que le amarra al pasado e impide el gran salto al capitalismo pleno (Moreno Fragnals, *ibid*, I:49).

En Cuba, como en las demás plantaciones antillanas, el esclavo negro fue el trabajador más barato, cuando no el único. Y durante el siglo XVIII, la naciente sacarocracia trata de obtenerlos en dos direcciones: mediante el comercio inglés o mediante empresas capitalistas creadas por los propios azucareros. Y aun que el negro fue la gran solución a la mano de obra azucarera, el obrero asalariado jugó también un papel en esta etapa de rápido crecimiento. En las décadas finales del siglo XVIII el obrero asalariado participa activamente en la producción. En su violento auge el ingenio absorbió a todo pequeño campesinado del tabaco y los frutos menores, los obreros del astillero y la fundición y a otros innumerables pequeños artesanos. Como es lógico, esta coexistencia de distintos regímenes de trabajo dentro de la misma unidad de producción creó complejos problemas en las relaciones humanas. Pero nunca pudo eliminarse totalmente, pues el ensanche prodigioso de los ingenios cubanos mantuvo siempre un gran déficit de mano de obra.

3.- Nuevas tierras para el proceso.

La expansión azucarera provoca una creciente necesidad de nuevas tierras en un proceso único de ocupación que presenta tres facetas diversas: se busca, en un primer lugar, dónde establecer nuevos ingenios. Segundo, a dónde

trasladarlos antiguos. Tercero, cómo ampliar los otros. La fundación de nuevos ingenios será la resultante lógica del aumento de la producción para aprovechar el alza de los precios por el ensanche del mercado mundial y la caída de la competencia. Por las mismas razones, los dueños de los ingenios situados en terrenos cansados buscan nuevas tierras. En este sentido el antiguo ingenio fue un ente trashumante.

Hasta finales del XVIII se estima que la estabilidad máxima de un ingenio estaba en 40 años. Si a todo esto sumamos la observación de que el antiguo trapiche desaparece para dejar lugar a las fábricas realmente importantes, que ocupan extensas áreas, vemos que no se trata sólo de un problema de más tierras para más ingenios sino, además, de más tierras para cada ingenio. La industria azucarera, con su violento proceso de ocupación y poblamiento establece las condiciones que transforman el poder jurídico en relación económica, creando la trágica dimensión del latifundio. Este comienza a existir con el avance incontenible de los ingenios, planteando a gran escala los conflictos que de manera incipiente originara el tabaco años atrás. Así, el ingenio, con su necesidad incesante de tierras, transforma el antiguo derecho inmobiliario de Indias en efectiva relación jurídico-burguesa al servicio de las fuerzas productivas azucareras.

Los vegueros, pequeños cultivadores de tabaco, fueron los primeros en recibir el bestial impacto de la expansión azucarera. Es lógico que las tierras tabacaleras sean las ocupadas inicialmente. Son fértiles, tienen regadíos naturales, están lo suficiente desmontadas para proceder al inmediato cultivo de caña y conservan los necesarios bosques para desmontadas encendidos los fuegos, se hallan bien situadas, hay trazados caminos que las unen a los puertos de embarque y, por último, están en las únicas zonas donde arrancar obreros asalariados para el trabajo de los ingenios. Los vegueros, reducidos a la impotencia, se fueron refugiando en tierras cada vez más lejanas, pero siempre les alcanzaba el pertinaz avance del ingenio. La producción tabacalera caerá hasta tal punto que se importa tabaco de Virginia para cubrir las necesidades habaneras. En realidad, y según Friginals, se había operado un elemental fenómeno económico. Ante la imposibilidad de subsistir ambos cultivos en la misma zona, el más productivo arrasó al que rendía menos beneficios. Mientras por otra parte, al expropiar de la tierra a la masa del pueblo, se sentaban las bases para el régimen capitalista de producción. El desplazamiento tabaquero fue sólo un episodio, aunque de gran importancia social, en la transformación cubana del régimen de tierras. En su totalidad, el conflicto se plantea en tres dimensiones: azúcar-tabaco-ganado. Y como fuerza cíclica de grandes alternativas y siguiendo los mismos intereses del azúcar, aparece el café. La demolición de las haciendas representa un fabuloso proceso de acumulación de capitales y la especulación con tierras, alcanzó límites extremos. Muchos

comerciantes, por acumulación de capitales, pero sin tierras, estaban dispuestos a adentrarse por sí o a través de préstamos, a la aventura de fabricar azúcar.

4.- Evolución y financiamiento.

Hasta mediados del siglo XVIII el ingenio fue una institución marcadamente agrícola, donde el capital constitutivo estaba dominado por el valor de las tierras cañeras, los montes de reserva de combustible, los bueyes y sus pastos, las siembras para el mantenimiento de esclavos y empleados y los implementos típicamente agrícolas. En realidad eran reducidos centros de beneficio y transformación de una materia de origen agrícola en cuya siembra, cuidado, corte y transporte se invertía un alto porcentaje de la fuerza de trabajo.

Otro aspecto fundamental de los ingenios hacia 1760 es que constituyen células autosuficientes. El proceso de expansión, que venía en marcha desde mucho antes de la ocupación inglesa, eleva a 93 el número de ingenios en 1760. En 1764, tras la ocupación de La Habana, aparecen censados 106. En 1792, este número se eleva a 227 ingenios en efectiva elaboración. En este período (1761-1792) la producción, sólo en la zona de La Habana, se eleva desde 4.265 t. a 13.800 t. aproximadamente. La característica fundamental del crecimiento azucarero entre 1761 y 1792 está en la proliferación de ingenios -surge más de un centenar de nuevas fábricas- y en el ensanche de los mediano y pequeños. Pero los grandes no crecen más. Parece que 100 esclavos y 115 t. es una capacidad óptima a la que se tiende. Al llegar a estas cifras, las inversiones se lanzan al fomento de una nueva unidad.

Además, la guerra anglo-española de 1779, parece que dio un nuevo e inusitado impulso a la economía de la isla. La Habana se llena de soldados: el azúcar como siempre, comenzaba a vivir de los muertos. Pero lo más importante de la guerra es la apertura del nuevo mercado norteamericano. Este nuevo mercado se abría tanto para Estados Unidos como para Cuba. Así, se fueron estableciendo estrechas relaciones mercantiles y el comercio norteamericano sentó plaza en La Habana.

Hacia los años 1786-1788 hubo una perceptible baja de precios, marcando la única mínima depresión de la segunda mitad del XVIII. Esta ligera recesión fue, según Friginals (ibid,I:66), el normal proceso de ajuste económico inevitable al finalizar la guerra. En una economía sin control, con formas de trabajo y status legal primitivos, pero compitiendo en un mercado donde impera el régimen capitalista de producción, las normales contradicciones se agudizan y las crisis periódicas se acrecientan. A medida que avanza el capitalismo las consecuencias han de ser cada vez más graves y esto lo sabrán los cubanos en 1857 y en 1920. Desde su inicio, la industria azucarera marcha bajo el mismo trágico signo: altos precios, ensanche extraordinario de la industria del dinero

del comerciante refaccionista y por el ávido proceso de reinversión, gran masa circulante, enorme velocidad de rotación del capital y proceso inflacionista. Es decir, sucesión de períodos de **vacas gordas** y de **vacas flacas**.

La década de 1790-1800 será decisiva en la transformación azucarera de Cuba, en la conversión de la isla en una plantación, acelerando el proceso cubano la revolución de Haití, en la que la sacarocracia cubana tenía un interés definido para su ruina azucarera. Así, desde 1792 la isla es una gran recepcionista de capitales de inversión. Los grandes comerciantes de Nueva España, los poderosos de Cádiz y Sevilla, los plutócratas de Estados Unidos y los azucareros haitianos que han logrado salvarse de la ruina, todos vienen a impulsar el azúcar habanera. Mientras, los comerciantes y productores locales reinvierten continuamente en un afán desmesurado de ganancias. Hay un verdadero furor por fundar ingenios. En 14 años, de 1792 a 1806, y sólo en el obispado de La Habana, el número de ingenios asciende de 237 a 416. Además, los nuevos tienen mucha mayor capacidad de producción y los antiguos amplían también la suya. El cambio ocurrido en medio siglo, puede sintetizarse en las siguientes cifras de producción:

AÑOS	TM. por ingenio
1761	43
1792	58
1804	136

Al crecer el negocio azucarero y cerrar su estructura exportadora-importadora, aumenta desmedidamente la importancia del comerciante en su doble función comercial y bancaria. Los pequeños y medios productores sufren muy temprano el dominio del comercio y el peso de la usura sin entrañas. El aprendizaje se hizo, pues, a **golpe de dinero**, (Fraginals, *ibid*, I: 69), los costos de producción se hicieron elevadísimos y el pequeño productor cayó generalmente en manos de los poderosos comerciantes. Esto explica también, el continuo trasiego de ingenios. Si exceptuamos a los altos miembros de la oligarquía habanera, son contados los casos en que la propiedad de un ingenio se mantiene por más de diez años. La usura fue uno de los más terribles frenos al desarrollo económico de la Isla. Careciendo de entidades bancarias, el productor acudió inevitablemente al comerciante refraccionista. En general puede afirmarse que el volumen de inversión azucarera en los últimos años del

XVIII pasó de 15.000.000 de pesos. Es la cifra más alta movida por un negocio de entonces en toda América.

5.- El intento por el avance técnico.

El crecimiento azucarero colonial no tuvo su origen en la metrópoli, sino que se efectuó a pesar de ésta. No es un fenómeno importado oficialmente: llega de tierras extranjeras gracias a un esfuerzo que nace en la propia isla. Es el espectáculo único de la oligarquía criolla que surge ejecutiva y creadora e impone a España su ritmo productor. La expansión material de este hecho está en que los grandes motores técnicos del capitalismo -bomba de vapor, gas y electricidad con fines industriales, ferrocarril, telégrafo, teléfono- se establecen generalmente en Cuba antes que en la Península. El desarrollo mecánico de la Isla relajó profundamente los lazos metropolitanos e hizo más hondo el abismo entre criollo y peninsulares.

Por su actitud burguesa, la sacarocracia cubana trató incesantemente de revolucionar los instrumentos de producción. Tienen plena conciencia de que el predominio azucarero sólo puede mantenerse abandonando los métodos primitivos y las obsoletas relaciones mercantiles. La transformación económica implica una consecuente modificación técnica. Y además de la tierra, los esclavos, el dinero, **hay que encontrar hombres que piensen, gentes que sepan, individuos que conozcan de ese mundo oscuro y lejano de los números y las fórmulas** (Moreno Friginals, *ibid*, I:72). Esa continua búsqueda de nuevas técnicas proyectó al sacarócrata cubano sobre el mundo y así, junto con su producto, los dueños de los ingenios rompieron el aislamiento local y dieron paso a las relaciones universales y al típica interdependencia burguesa.

En la máquina de vapor vió Arango, según cita Friginals, la solución del cuello de botella del ingenio cubano. La máquina de vapor no era un invento con fines específicos, sino un agente general de la industria. Entre sus usos no se preveía el azucarero y, en las aplicaciones del invento, la sacarocracia cubana se va a anticipar a sus creadores. También Arango observó e intuyó el papel que la refinería ha de jugar en el azúcar cubano y, con genuina mente industrial analiza, en 1794, la posición de subordinación económica y las trabas al desarrollo que supone el vender la materia semielaborada. Para él, no debía salir de Cuba un grano que no fuese refino: después sería muy tarde para hacerlo. Y tuvo razón.

En el intento de avance técnico, se funda en La Habana una Escuela de Química. Se busca en la ciencia el sólido basamento de la producción. Para ellos, la química era el arte de hacer azúcar. Esta alta conciencia intelectual de la labor desarrollada abatió el viejo mundo conceptual y definió el ideario

sacarócrata. La necesidad inminente de expresarse les obligó a crear los correspondientes medios de difusión.

CUADRO 1. Producción azucarera mundial. Evolución entre 1815-1819 y 1838-1842.

	Promedio 1815-1819		Promedio 1833-1842	
	Producción	%	Producción	%
Colonias inglesas	173.822	47,36	160.046	24,84
Colonias francesas	39.279	10,70	84.414	13,10
Francia *	---	---	30.536	4,74
Brasil	75.000**	20,44	82.000	12,73
Colonias holandesas	8.140	2,22	64.256	9,97
Colonias danesas	26.000	7,09	9.000	1,40
Luisiana (EEUU)	---	---	51.712	8,03
Alemania	---	---	11.688	1,81
Cuba	44.734	12,19	150.603	23,38
TOTAL	366.975	100,00	644.255	100,00

Unidad: Toneladas métricas

* Remolacha

** Estimado

Fuente: Moreno Fragnals (1978, II:173).

IV. SALDO EN EL 1800

El saldo que dejaron los estudios, investigaciones y experiencias fue que resolvieron fundamentalmente los grandes problemas cuantitativos. Crearon una forma de cooperación simple, en gran escala, sobre la base de un régimen directo de esclavitud. Esto es todo lo que puede lograrse con una base de trabajo esclavo. Por lo tanto el ingenio de 1800 cierra el ciclo de progreso técnico azucarero hasta que no se modifiquen las condiciones de trabajo. A partir de entonces se mantiene la fuerza material como base fundamental de la

producción y la rutina como única ley agrícola. Al agotar todas las posibilidades, afloran en el ingenio las contradicciones que han de liquidarle. **Como ha llegado al final de su evolución, el avance industrial le va dejando atrás. Detenerse es la forma más trágica de retroceder** (Moreno Fraginals, *ibid*, I:78).

La gran manufactura de 1800, aunque mantiene el mismo flujo de producción y trabaja con iguales de antes, leva a cabo algunos cambios sustanciales. Se introduce la caña de Otahtí, más robusta y alta que la criolla, única utilizada hasta entonces, aunque no la desplazó. En el cambio de estructura mecánica se perseguía hallar un sistema de engranajes o colocación de mazas de modo que la menor potencia posible moliese con mayor velocidad mayor cantidad de caña. Pero parece ser que según la Junta de Fomento, en 1798, **ninguna era mejor que el trapiche sencillo vertical, compuesto de tres mazas, que aquí se usa desde tiempo inmemorial**. Se irán introduciendo nuevos trapiches, con técnicas más depuradas, de agua, con piezas de metal, etc., hasta que finalmente, en 1796, llega a Cuba la fuerza motriz de la gran industria: el vapor. Se introdujo también el tren francés de cocción, las pailas clarificadoras, el aerómetro para medir la densidad de los caldos, etc.

No es exagerado afirmar entonces, que la gran manufactura esclavista cubana del siglo XIX es sólo una ampliación cuantitativa de los pequeños ingenios antiguos. No porque se careciese de elementos técnicos de la época, sino porque el esfuerzo de tecnificación exigía el obrero asalariado. El ímpetu creador de la oligarquía cubana de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX fracasó; su gran idea burguesa de revolucionar los medios de producción no pudo llevarse a cabo porque ellos no eran netamente burgueses, eran dueños de esclavos.

Fracasada la tecnificación, poblada de esclavos la gran manufactura, se hizo imprescindible una nueva organización del trabajo. Si a fin de cuentas, lo decisivo iban a ser los brazos y no las máquinas, las grandes innovaciones tendrían que establecerse en el trabajo mismo. En esta época nace una frase que va a sintetizar la nueva actitud: **con sangre se hace azúcar**.

Al constatar el fracaso de la máquina, dice Fraginals (*ibid*, I:95), se comprende su dolorosa significación. El hacendado introdujo en el ingenio las rígidas disciplinas de la gran industria. Advirtió, con los burgueses europeos, que los segundos son átomos del capital e inauguró un especial taylorismo criollo que consumió negros como cañas en los trapiches.

Como todos los momentos de apogeo provocados por conflictos internacionales, lo que Fraginals denomina Primera Danza de los Millones, tuvo un ascenso súbito, el esplendor de contradictoria riqueza y escasez, y la caída vertical con su secuela de acumulación para unos y ruina para otros. En el cenit

de la curva surge una fiebre desesperada de inversión y reinversión: es el despertar grandioso de la conciencia burguesa cubana, todavía con la fe ilimitada en sus propias fuerzas y con las irrefrenable tendencia expansiva. La Primera Danza de los Millones será así, la trágica danza de miseria en las clases humildes.

1.- La nueva conciencia burguesa: enfrentamiento entre iglesia e ingenio.

Los ingenios se fundaban bajo la advocación de santos protectores. En su enorme proliferación azucarera durante el siglo XVIII, la zona habanera remeda una paraíso celestial con esclavos. Pero el gran despertar sacarócrata cubano de fines de siglo plantea de inmediato una serie de conflictos con la Iglesia. Es la conciencia revolucionaria burguesa frente a las últimas estructuras feudales. El choque iglesia-ingenio tiene lugar en un amplio frente dogmático-económico: es toda una gama de problemas que incluye cuestiones relacionadas con los cementerios, el trabajo y los impuestos. Sin embargo, su primera y más lejana manifestación está en esta nada intrascendente eliminación de los santos con nombres de los ingenios. Es la reveladora actitud de una clase que tiene más fe en sus capacidades organizativas y técnicas que en la bondad divina.

Rápidamente se ponen de relieve las insolubles contradicciones entre un régimen productor de mercancías y la superestructura feudal de la Iglesia. Los modernos sacarócratas, en la obsesionante carrera de aumentar la producción y bajar los costos, van eliminando los gastos que no contribuyen al proceso creador de mercancías. Los estados contables tienen un epígrafe religioso absurdo desde el punto de vista económico y la tendencia normal es suprimirlo. Desde fines del siglo XVIII los azucareros abandonan en sus ingenios toda práctica religiosa, con excepción de aquellas ceremonias anuales que servían de mínimo disfraz moral. Pero comprendieron su error. La religión robaba algunas horas semanales de producción, pero también podía ser freno a la rebeldía negra.

A mediados del siglo XIX los sacarócratas replantean el problema religioso de los ingenios. Pero sin el más leve recato explican que se trata de una cuestión de obediencia. En el Real Consulado el síndico afirma que la religión es fundamental, no sólo por mediar el bien espiritual de las almas, sino por la saludable influencia de la obediencia de los esclavos y el conocimiento de sus deberes. Esta nueva política fue seguida satisfactoriamente por los eclesiásticos y por entonces aliados entrañablemente a los azucareros.

Otro conflicto marginal con la Iglesia surgió también a fines del XVIII. Se trataba de la abstinencia de carne en el ingenio. Se planteaba como alternativa el bacalao, pero este resultaba mucho más caro y además lo suministran los ingleses.

Un punto más de conflicto fueron los cementerios. La muerte era una vieja fuente de ingresos que la iglesia no estaba dispuesta a dejarse arrebatar. Era un problema que no se había presentado antes. El ingenio pequeño, de quince o veinte esclavos, sin trabajo extensivo ni brutal, sólo conocía dos o tres muertes por año. Pero la gran manufactura, con su diez por ciento de bajas anuales en la dotación y los minutos contados en el trabajo, no puede permitirse el lujo de llevar sus cadáveres a enterrar en sagrado. Cuando la iglesia protesta, se esgrimen argumentos económicos. Y la sacarocracia ganó también la batalla de los cementerios.

Más largo y polémico que todos los conflictos anteriores fue el referente a los días festivos. Se trataba de poner de acuerdo a la Iglesia y al régimen de trabajo bestial. En síntesis, la parada dominical estaba determinada por las condiciones de producción: no obedecía a una razón religiosa. Los azucareros vieron que si el día de parada forzosa en el ingenio se aprovechaba en el cuidado de mínimos comunes, siembras de maíz o cría de puercos, esto redundaba en beneficio del negro que a fin de mes agregaba un mínimo suplemento dietético a su paupérrima dieta, con lo cual, los esclavos duraban más, rendían más, se aferraban más a la tierra y costaba menos mantenerlos. Esta era la razón de la defensa que hicieron los productores al llamado trabajo de los negros para sí. "Justificando el trabajo de los negros para sí, se justifica el trabajo de los negros para el amo" (Fraginals, *ibid*, I:119).

La gran manufactura del XIX crea las condiciones definitivas del trabajo en el ingenio. A partir de entonces una detención en el proceso implica una elevación grande de los costos. La conciencia burguesa había evolucionado lo suficiente para olvidar o desdeñar las prohibiciones religiosas. Y cada triunfo parcial ante la Iglesia, llevaba a los azucareros hacia su objetivo final: los diezmos. Este era el punto más difícil de todos. La Iglesia había ido cediendo, poco a poco, sus añejos privilegios feudales y transigiendo en los aspectos dogmáticos. Pero ceder en cuanto a sus derechos monetarios sobre el azúcar era un asunto mucho más difícil. Entre 1790 y 1804 se libra la que pudiéramos llamar la gran batalla de los diezmos. Desde los inicios del boom, los productores elevan continuas protestas contra los altos impuestos a la producción, de los cuales el más crecido de todos es el diezmo, que en Cuba era más alto que en el resto de América, pues debían entregar un 5% de la producción.

Así pues, con el desarrollo azucarero, todo este sistema entra en crisis. La proliferación de ingenios, el alejamiento de los mismos, la irreligiosidad naciente, y la abstención de los grandes sacarócratas a ocupar cargos de rematadores de diezmos, crea problemas a la Iglesia y a la Hacienda. Pero, parece ser, que en la cumbre del poder azucarero, Iglesia y sacarócratas hicieron la paz. Ambos tenían intereses comunes, especialmente cuando la

burguesía pierde todo ímpetu revolucionario y necesita cimentarse en las sólidas tradiciones eclesiásticas. Pero también la Iglesia tenía poderosísimos intereses azucareros. Aún dentro de este juego de intereses y esta amplia gama de actitudes, el conflicto Iglesia-productores es el más importante de los rasgos externos que marcan el nacimiento y auge de la clase azucarera. "A partir del boom, la sacarocracia existe. Ha probado su derecho a la existencia mediante su acción constructora de un nuevo mundo. Ha probado que la vida puede organizarse de una nueva manera. Ahora ella es poder y los teólogos deben sacar las manos de los asuntos temporales".

2.- Conflicto ideológico.

La naciente sacarocracia no podía dar expresión exacta a sus germinal conciencia burguesa. En realidad la evolución de los últimos años del siglo XVIII fue demasiado violenta para que hubiese tiempo de perfilar un cuerpo de doctrinas. La codificación, la dogmatización de sus principios sería un fenómeno muy posterior. Liquidar el pasado era una revolución espiritual contra el antiguo esquema de las familias hidalgas. La historia comienza con ellos y, continua Fraguinals (ibid, I:126): dentro de la antigua superestructura feudal, el sacarócrata aparece como un nuevo rico. Son los advenedizos. Ser rico sin ser noble, era en rigor, algo indecente, pues el rango es lo que legitima la nobleza. Como hacia finales del XVIII no han tomado conciencia de sí mismos, son muchos los que se apresuran a comprar títulos nobiliarios. La Habana se llena de condes y marqueses. Cuando con el tiempo se definen los perfiles de la clase, aparece una corriente intelectual de burla y desprecio a los compradores de la nobleza. Y como único orgullo se esgrime el ser hombre activo en una nueva economía. Aparecerá el lujo desbordante del siglo XIX. El sacarócrata fue asimilando una a una las nuevas formas de conciencia burguesa. Pero él no era un burgués pleno. La tremenda contracción de vender mercancías al mercado mundial y al mismo tiempo tener esclavos se reflejó trágicamente en su mundo ideológico. Su posición vacilante, con un pie en el futuro burgués y el otro en el lejano pasado esclavista, le llevaron al mismo tiempo a exigir las más altas conquistas burguesas. Y esta va a ser, en definitiva, la gran fórmula de la sacarocracia: **reformismo con esclavitud**, y en el campo jurídico tuvo que conciliar derecho burgués con defensa de los esclavos.

V. LA EXPANSION Y TRANSFORMACION DEL XIX.

1.- El medio.

El ingenio, en su avance azucarero, crea, recrea y transforma caminos. Es un fenómeno de geografía de la comunicación que el azúcar cubana recorre

cuatro etapas: senderos, caminos de arria, camino carretero y caminos de hierro. El ferrocarril fue en cierta medida el elemento estructurados del paisaje. No es un conquistador que atraviesa campos vírgenes: él se dirige entre cañaverales, sobre la tierra domeñada y sobre los antiguos caminos carreteros. Como era la gran solución al azúcar largamente buscada, muy pronto sus líneas unieron el disperso complejo de ingenios. En la zona de occidente, el ferrocarril fue un fenómeno netamente azucarero, y por esto, la primera línea se tiende directamente al corazón productor de La Habana: San Julián de los Güines. Y es que la historia de los ferrocarriles es muy ilustrativa del proceso que sufre la economía cubana entre 1830 y 1860. Los ferrocarriles se establecen por requerimiento de la industria azucarera, la cual, conforme penetra más al interior del país, necesita medios de transporte más eficaces y baratos. la vinculación estrecha entre negocios azucareros, comerciales, banqueros y ferroviarios, fue otro aspecto en el que se manifestó la concentración financiera que caracterizará este período. Pero tales condiciones, surgidas en el seno de una economía esclavista, que anunciaban la posibilidad de un desarrollo capitalista más completo, fueron eliminadas por los hechos económico-sociales que ocurren entre 1857 y 1878, y más tarde, particularmente, por las inversiones imperialistas. Esta evolución económica de Cuba propiciará, a finales del siglo XIX, un desarrollo cada vez más íntimo de las relaciones comerciales entre Cuba y Estados Unidos, hasta el punto de que, como afirma Le Riverend, (1972: 188), pueda asegurarse que el primer gran mercado del naciente capitalismo americano fue Cuba. Comenzaron entonces las primeras inversiones directas norteamericanas en la industria azucarera de Cuba.

Pero lo cierto es que desde mediados del XIX, se multiplicaron los ingenios modernos y de acuerdo con las estadísticas contemporáneas, se observa que los ingenios con aparatos modernos producen más azúcar y en consecuencia, requieren más cañas porque tienen mayor capacidad de elaboración. Todos los hacendados que poseen recursos financieros suficientes quieren establecer ingenios modernos. Ven en esta transformación una manera de reducir costos y de reducir el número de esclavos empleados en la casa de máquinas. Pero, como quiera que hay que ampliar el cultivo para satisfacer la mayor capacidad de producción del ingenio, se aumentan los esclavos en las plantaciones, perdiéndose de este modo buena parte de las ventajas realizadas, o sea, que el esclavo sigue manteniéndose como un obstáculo al crecimiento de la industria. Este movimiento queda detenido hacia 1860, por la imposibilidad de aplicar nuevas mejoras, pues el régimen esclavista impedía que el esclavo se transformara en un trabajador cualificado apto para operar y atender los nuevos aparatos.

Por otra parte, el aumento de esclavos en las plantaciones y la dificultad de mejorar sustancialmente la técnica agrícola, mantenía niveles de costos muy

gravosos, reduciendo la posibilidad de acumulación que permitía continuar la transformación industrial. En suma, se había llegado al más alto grado de maridaje entre las técnicas y aparatos capitalistas y el régimen de trabajo esclavista. Quedaba como problema básico el de la abolición de la esclavitud. El aumento de la capacidad de producción y del rendimiento de los ingenios modernos produce un efecto profundo en la estructura de la industria. Esto supone que las nuevas fábricas eliminan a las viejas y, así, muchos hacendados, poseedores de ingenios anticuados que no pueden disponer de los recursos necesarios para sustituirlos por los modernos, caen en crisis y son eliminados por el competidor más eficiente. Se inicia entonces, el proceso de concentración de la industria azucarera, que se desataría totalmente después de 1880 y conduciría, para beneficio de los capitalistas extranjeros, a la formación del nuevo latifundio.

2.- La liquidación del bosque.

Hasta finales del siglo XVIII, parece ser que los cubanos viven orgullosos de sus bosques. Toda la isla es un intrincado de maderas preciosas, con las que se levantan prodigiosos artonados en España, Francia e Inglaterra. Pero la gran manufactura plantea la muerte definitiva del bosque. La necesidad de madera en un ingenio era espantosa. Con el avance del azúcar, desmontar tierras fue una de las actividades más remunerativas del mínimo campesino habanero e fines del XVIII y principios del XIX. Es imposible hacer una estimación del arrasamiento de los bosques por el azúcar en expansión. Por otra parte, el derecho de deforestar la isla fue una de las grandes victorias legales de la sacarocracia. En todas las polémicas que sobre el tema se dieron, se emplearon múltiples argumentos. Mas el resumen de todos ellos está en una sagaz observación de Ramón de la Sarga: "En ningún momento discutieron la utilización racional de los recursos forestales, sino a quien correspondía el derecho de talar y destruir".

La muerte del bosque era también, en parte, la muerte a largo plazo, de la fabulosa fertilidad de la Isla. Y como colofón increíble en la historia de la destrucción cubana de su riqueza maderera debe señalarse que, en los mismos años en que se procedía a la quema de los bosques, la isla era la primera compradora de madera a Estados Unidos. La excusa para este comercio era muy simple: para las cajas se buscaban maderas que no comunicasen olor ni sabor al azúcar. Pero la realidad íntima era otra. La industria azucarera había absorbido la mano de obra libre de la isla y la esclavitud había degradado el trabajo. Ello obligaba a pagar salarios tan altos por el corte y transporte de las maderas que resultaba más barato traerlas del norte.

VI. EL PROBLEMAS DE LA MANO DE OBRA: EL MERCADO DE BRAZOS

1.- El mercado legal.

En Cuba, desde finales del siglo XVIII, subsiste en los ingenios, una extraña mezcla de trabajo asalariado y esclavo. En cierto modo podemos afirmar que no hay sucesión de una forma de trabajo a otra: lo que existe es la yuxtaposición, simultaneidad de ambas formas dentro de la misma manufactura. Y aún más, un tercer tipo que no responde a ninguna categoría pura: el esclavo alquilado.

Sería absurdo pensar que los productores azucareros fueron esclavistas por una actitud contraria al progreso. Fueron esclavistas porque carecieron de asalariados, ya que la esclavitud fue la única solución posible a la inicial expansión azucarera. El obrero que llegaba a Cuba, se transformaba rápidamente en campesino o artesano, o bien aprovechaba las especiales condiciones existentes para exigir salarios elevados.

CUADRO 2. Población esclava en ingenios cubanos. Distribución porcentual por origen.

AÑOS	1746-1790	1791-1822	1823-1844	1845-1868
Africanos	88,47	96,15	80,95	52,98
Criollos	11,53	3,85	19,05	47,02
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00

Fuente: Moreno Friginals (1978, II:86)

Toda la discusión cubana sobre obreros asalariados y negros esclavos revela la clara conciencia de los productores ante las contradicciones económicas de la producción de azúcar. Inclusive los propios negreros interesados en mantener el antieconómico sistema de esclavitud, intervinieron en la polémica de la época, justificando la continua importación de negros. El bárbaro sistema de explotación de los asalariados ingleses durante la primera mitad del siglo XIX fue un poderoso argumento justificador de la esclavitud. No porque la esclavitud cubana fuese una blanda servidumbre sino porque la misma barbarie y el mismo ávido deseo de enriquecimiento cayó sobre los hombres de ambos mundos, arrancándoles el máximo de trabajo excedente. Los azucareros cubanos iniciaron su gran producción aprovechando la organización inglesa de comercio de esclavos y llenando sus ingenios de africanos. Pronto los

productores comprendieron que no podían depender de los extranjeros para resolver el problema del trabajo. El azúcar cubana exigía el negocio negrero cubano. Los hacendados estaban obligados a tener en la isla sus propios suministradores de mano de obra. Nace así, la gran organización hispano-cubana, tendente a organizar el comercio negrero como negocio subsidiario de la producción azucarera. La primera expedición exitosa dejó una utilidad de 156% en sólo seis meses. Los años 1808 a 1820, tal como indican los cuadros 2 y 3, encierran una de las etapas más trágicas del negocio. Carente de la tecnificación inglesa, la presión de un plazo limitado para la legalidad de sus actividades, iniciada la persecución por la marina británica, aumentaron el volumen de importación y los negreros cubanos alcanzaron nuevos límites dentro de la ya clásica barbarie del comercio de esclavos.

Ante la coyuntura internacional antiesclavista, el quinquenio de 1816-1820 fue de desbordada importación con un total de 111.014 negros. Dada la complejidad del negocio y la inicial falta de experiencia, los comerciantes comenzaron a asociarse para el envío de sus expediciones a Africa, para asegurar en el futuro el mantenimiento de un flujo continuo de brazos.

CUADRO 3. Negros africanos introducidos en Cuba (1809-1817). Puertos de La Habana, Matanzas, Santiago y Trinidad.

AÑOS	Total de expediciones	Esclavos desembarcados	Promedio negros/expedición
1809	18	2.859	157
1810	22	4.034	183
1811	19	3.524	185
1812	28	5.175	185
1813*	14	2.363	169
1814*	15	3.105	207
1815	49	12.444	253
1816	74	18.930	255
1817**	39	7.934	203
TOTAL	278	60.368	---

* Años clave de la guerra entre Estados Unidos e Inglaterra. El negocio de los negreros norteamericanos desde las costas de Cuba quedó prácticamente interrumpido.

** Sólo enero a abril.

Fuente: Moreno Friginals (1978, I:263)

CUADRO 4. Cifras generales de importación de negros en los años 1817-1820.

AÑOS	Nº Negros
1817	32.301
1818	24.276
1819	21.228
1820	14.279
TOTAL	112.064

Fuente: Moreno Friginals (1978, I:263)

2.- El mercado ilegal.

En 1820, vencido el último plazo para la entrada de negros africanos en Cuba, se inicia la más compleja y tortuosa etapa de la trata: la del gran contrabando. Desaparecen las huellas visibles y la información sobre el negocio. La venta de negros se puebla de intermediarios, siendo esto un factor que encareció más el producto. Como durante el período 1815-1820 tuvo lugar una cuantiosísima entrada de negros, la oferta superó a la demanda y los precios del producto bajaron. Esta tendencia bajista se mantuvo y la venta de esclavos dejó de ser la actividad altamente rentable de las dos primeras décadas del siglo.

Hasta 1837 aproximadamente, el índice de crecimiento azucarero es relativamente modesto, sobre todo si lo comparamos con el violento ascenso de las décadas 1840-1860. El principal obstáculo de la industria azucarera estaba en el transporte. Como el período de 1821-1837 es de negros abundantes y baratos, resultó mucho más rentable someterlos al máximo de explotación reduciendo su vida útil que alargarles la existencia a costa de la disminución de la productividad per caput. La máquina de vapor aplicada al trapiche será otro factor en el consumo de negros y en el ensanche productor de los ingenios.

Una serie de factores contradictorios caracterizan el convulso desarrollo de las décadas de 1840 y 1850. Los sacarócratas vivieron varios años bajo el temor de una posible abolición de la esclavitud por parte del gobierno español, totalmente sometido a la política inglesa, y confrontan también la realidad de una eficaz persecución del comercio de negros por la parte de la marina británica, etc. En general, la situación determina o acelera cinco hechos independientes, según Friginals (*ibid*, I:272): el movimiento político de anexión a Estados Unidos, la ruina definitiva del café, la mejora del nivel de

vida de los esclavos, el acelerado proceso de mecanización azucarera y el inicio del comercio de chinos.

CUADRO 5. Esclavos introducidos en la década de 1840 (mercado ilegal)

AÑOS	Esclavos introducidos
1836-1840	60.834
1841-1845	29.993
1846-1850	16.519

Fuente: Moreno Friginals (1978, I:273)

3.- El cenit del contrabando negrero (1850-1860).

En la década de 1850, los negreros del Caribe comienzan moverse con absoluta libertad. A la disminución de la vigilancia inglesa se suma el aporte de nuevos y experimentados traficantes que ayudan a los sacarócratas a resolver la apremiante escasez de brazos.

Los grandes centros administrativos del tráfico negrero de la década de 1850, van a estar en Estados Unidos. Los negreros norteamericanos tenían una larga tradición que se remontaba a los primeros años del siglo XVIII y un rango de eficacia tan alto como el de sus maestros ingleses. Las relaciones negreros norteamericanos y sacarócratas cubanos eran muy antiguas, a pesar de todo tipo de negociaciones para colaborar en la lucha antinegrera, por las que Estados Unidos se comprometió a mantener una flotilla de guerra frente a la costa occidental de Africa. La partida presupuestaria destinada al mantenimiento de la flotilla siempre fue mínima. Los capitanes de estos barcos fueron seleccionados en el sur, eran todos proesclavistas y no hicieron el menor esfuerzo por cumplir con su deber. La protección a los negreros, dice Friginals (*ibid*, I:286), llegó a ser en Estados Unidos más descarada que en la propia Cuba. Las facilidades norteamericanas para ejercer la trata de negros fueron tan notables, sobre todo en la década de 1850, que los principales negreros de Cuba trasladaron allá sus oficinas para la administración del negocio. Ya en 1858 puede afirmarse que el 90% de los barcos negreros son de fabricación norteamericana y navegan bajo bandera de Estados Unidos. Por entonces sólo dos países quedan recibiendo esclavos en el mundo: Estados Unidos y Cuba. El tráfico tiene lugar ahora con absoluta impunidad, pues la marina de guerra británica ha abandonado los mares del Caribe. Además, los británicos no tienen interés en perseguir el tráfico sino en favorecerlo. El algodón es la materia prima de los telares ingleses: es la primera industria textil del mundo. El King Cotton experimenta el mismo violento desarrollo del azúcar cubano, y se

produce con iguales métodos de plantación. El año 1858 marca la más alta introducción de esclavos negros en Estados Unidos. En Cuba el récord se alcanza en 1859, con 30.473 esclavos introducidos.

CUADRO 6. Total de negros introducidos en Cuba.

AÑOS	ESCLAVOS
1851-1855	40.460
1856-1860	90.796
TOTAL	131.256

Fuente: Moreno Friginals (1978, I:286)

Esta situación, plagada de contradicciones, puede ser una de las más complejas que pude conocer la historia económica del siglo XIX. Los telares ingleses dependen del algodón de Estados Unidos en tal grado, que en 1852, del total de balas de algodón consumidas, el 96.1 provenía de Norteamérica. A su vez, Estados Unidos dirigía hacia Inglaterra el 70% de sus exportaciones algodoneras. Todo esto daba una conformación colonial a Estados Unidos, de economía de plantación esclavista y suministradora de materia prima, que estaba en contradicción con la proyección capitalista e industrial de los estados del norte. Y Cuba, ajena a esta relación internacional es envuelta por la coyuntura creada, tendente a desarrollar las plantaciones y a abrir los mercados ingleses a las materias primas.

4.- Las soluciones marginales: primeras soluciones.

Cumplimentando o coadyudando al buen desarrollo del mercado de brazos negros, nacieron dos negocios marginales de gran importancia. El primero fue la rentable actividad de los rancheadores, nombre con el que se conoce desde finales del siglo XVIII a los individuos cuyo oficio era perseguir negros esclavos fugados de sus fincas.

El segundo negocio marginal fue la explotación de los emancipados. De acuerdo con el tratado anglo-español para la abolición de la trata, los negros que se hallasen a bordo de un buque detenido en el tráfico ilícito de esclavos, debían ponerse en libertad. Estos negros libres recibieron el nombre de emancipados. Con respecto a ellos existía la obligación de proporcionarles una mínima preparación para que pudiesen vivir en Cuba o bien retornarles a Africa. Como siempre, nada de lo legislado se cumplió y la explotación a que fueron sometidos los emancipados fue peor que la de los esclavos.

El último de los grandes negocios del mercado de brazos negros fue el esclavo alquilado. En realidad era una práctica antigua que hasta el siglo XIX se circunscribió a las ciudades. Aguzados intermediarios establecieron la recepción y entrega de **negros ociosos** en alquiler. Los dueños de esclavos sin trabajo, podían entregarlos a estos negociantes y recibir por ellos una cantidad fijada, convenida durante un tiempo determinado. A partir de 1840 ya es muy frecuente alquilar grupos de esclavos a los ingenios. Esta fue también una solución a los problemas confrontados por los negreros, que no podían colocar rápidamente los esclavos recibidos y se encontraban con un stock ocioso y de costoso mantenimiento.

El último recurso para asegurar un mercado permanente de brazos negros fue la llamada **inmigración de africanos libres**. En realidad no era otra cosa que una continuación vergonzante del contrabando negrero.

5.- "Fabricando obreros".

Desde la década de 1820, iniciado el contrabando negrero y abierta ya la progresiva brecha entre criollos y peninsulares -productores y comerciantes- la idea del trabajo asalariado emergió como única solución definitiva a los grandes problemas de la manufactura. Pero el problema quedaba sin resolver, pues el asalariado no existía. En todo esto hay, según Friginals (ibid, I: 296), una compleja imbrincación de factores económicos, sociales y políticos. La esclavitud había sido la salvación de la manufactura cubana, elevándola a primera productora mundial, rango éste, que alcanza en 1829 y mantiene hasta la década de 1870. Pero el trabajador esclavo no permitía renovar los instrumentos de producción. La máquina de vapor había exigido obreros asalariados. El comerciante negrero, suministrador de esclavos, estaba interesado en mantener inalterable el sistema. El productor necesitaba resolver definitivamente el problema de la mano de obra. Era esclavista por necesidad, porque la coyuntura del mercado de brazos no le había ofrecido otra opción. Pero tan pronto como el negro esclavo se convierte en fuerza regresiva que paraliza la evolución tecnológica del ingenio, le subordina al comerciante y le inhibe de una efectiva acción política, los productores con más alta tendencia burguesa inician una campaña contra el contrabando negrero, que va en crescendo hasta la década de 1840. Esta campaña, que más que contra el contrabando va contra el negrero, persigue, entre otros objetivos fundamentales, forzar al gobierno metropolitano a llevar a cabo una efectiva política de inmigración blanca. Mediante la migración los criollos pretendían: primero, crear las bases del mercado asalariado, imprescindible para la renovación tecnológica de los ingenios. Segundo, establecer un equilibrio demográfico que permitiese a la sacarcracia criolla tomar una posición política de fuerza frente al gobierno

metropolitano, sin riesgos de sublevación esclava incontenible. Lógicamente, los negreros entorpecieron continuamente la política migratoria.

Finalmente, el último recurso de fabricar obreros fue expropiar los llamados vagos. En esto tampoco había innovación alguna. La Junta de Fomento terminó haciendo al gobierno colonial dos proposiciones definitivas: primero, que los jóvenes de más de 18 años, no esclavos, cualquiera que fuese su color, que no tengan bienes ni se dediquen a ningún aprendizaje, se contraten obligatoriamente con los hacendados agricultores. Segundo, que los considerados como vagos se entreguen a los hacendados o labradores por un término fijo y un salario proporcional.

En el transcurso de la producción capitalista, se va formando una clase obrera que, a fuerza de educación, se somete a las exigencias de este régimen de producción como a las más lógicas leyes naturales. Pero durante la génesis histórica de la producción capitalista no ocurre aún sí. De ahí estas fórmulas para sacar todo el partido posible a la población existente. El primer intento verdaderamente fructífero desde el punto de vista burgués, fue la importación de trabajadores irlandeses e isleños a las obras del ferrocarril Habana-Güines. El ferrocarril era un empresa azucarera ligada a Londres por la banca Schröder. Junto a las maquinarias y equipos se importaron numerosos trabajadores irlandeses. Los isleños constituyeron un negocio de la firma habanero-catalana González y Torstall. Las condiciones de vida fueron tan negativas que continuamente hubo sublevaciones en el trabajo del ferrocarril. Como en el ingenio, también los hombres del ferrocarril perdieron toda esperanza. Era prácticamente imposible el desenganche. Y del mismo modo que **con sangre se hizo el azúcar**, también con sangre se hizo el ferrocarril azucarero hasta Güines. No obstante todos los inconvenientes, la trata de hombres con destino al ferrocarril fue considerada un éxito. Esto estimuló la sacarocracia y en el año 1842, la Real Junta de Fomento analizaba 20 proyectos de inmigración blanca que, según aseguraban sus autores, resolvía definitivamente el problema de los brazos en los ingenios cubanos.

6.- "La trata de blancos".

Toda la teoría colonizadora hispano-cubana responde, según Friginals, al viejo concepto de importar mano de obra barata a las colonias: es un comercio de hombres, que por razones legales y culturales emplea métodos distintos a la trata de negros, pero que persigue el mismo fin.

Además de los isleños, se trajeron trabajadores catalanes, gallegos, etc. Pero definitivamente, la colonización blanca no pudo realizarse por ninguno de estos medios artificiales. Encontró, por una parte, la gran oposición de los negreros y, por otra, la imposibilidad de someter a los colonos europeos a un

nivel de vida igual o inferior al de un esclavo. Tampoco tuvo estímulo oficial alguno.

A mediados de siglo, durante la gran expansión, se intentaron nuevas inmigraciones de trabajadores para satisfacer el insaciable mercado de brazos. Uno tras otro, aparecieron -aparte de los ya reseñados- los proyectos de colonización china, polinesia, tonquinia, y conchinchina, india, egipcia, abisinia, etc. Casi todos quedaron en simples proyectos. Los sacarócratas veían con cierto escepticismo esta nueva inmigración.

Finalmente, la inmigración de chinos fue, después de la trata de negros, el aporte más serio que durante el siglo XIX se hiciera al mercado cubano de trabajo. Estos hombres conformaban la masa asalariada que buscaban los productores. En ellos, los sacarócratas tuvieron a un obrero de jornal miserable que inició la gran transformación azucarera. Ya a finales de la década de 1850, decía Ramón de la Sarga: "creo deberme autorizado a afirmar que la introducción de la raza asiática ha sido un elemento preciso, sin el cual no se concibe cómo se hubiera obtenido las mejoras ya conquistadas". Se trataba de un paso de avance en la historia azucarera cubana: la explotación asalariada sustituyendo la explotación esclava. El chino permitió iniciar el proceso de industrialización azucarera.

VII. TECNOLOGIA Y TRABAJO NEGRO

Las condiciones de vida del esclavo estuvieron regidas por el concepto práctico de la rentabilidad del trabajo que tuviera el amo. Para ellos el negro era un medio de producción sobre el que basaban la riqueza; por lo tanto, "el interés de ellos no era filantrópico ni perverso sino económico" (Moreno Fraguas, 1983: 26). Y dentro de esta lógica económica, carecía de sentido liberarlos o destruirlos: lo razonable era explotarlos. Es decir, ponerlos a producir una cantidad de mercancías que representase una determinada rentabilidad acorde con la inversión.

La rentabilidad de un esclavo dependía de una serie de parámetros que variaron a lo largo del siglo XIX, determinando cambios en los módulos de explotación y, por consecuencia, empeorando o mejorando su modo de vida. Estos parámetros fueron, principalmente, el valor unitario de las mercancías producidas por el esclavo, el precio que el esclavo en sí, tenía en el mercado de hombres, la tecnología empleada por el productor y los costos y facilidades de mantenimiento.

Independientemente de que la máquina de vapor, por sí sola, jamás produjo revolución industrial alguna en Cuba, específicamente, operó de manera negativa, incrementando el número promedio de esclavos por ingenio y empeorando sus condiciones de vida. La máquina de vapor pudo instalarse en

los ingenios esclavistas porque simplificó aún más el trabajo elemental de los esclavos. Ensamblada exclusivamente a trapiches horizontales de hierro, puso a los esclavos en contacto con un equipo más fácil de manejar, más duro y resistente que los tradicionales molinos de madera y, por lo tanto, más apto para soportar el tratamiento brutal típico de la esclavitud. Así, en palabras de Friginals (1978, II:27), con la máquina de vapor no se produjo en Cuba una transformación tecnológica sino una sustitución energética dentro del flujo productivo. Se cambió la fuerza animal por la del vapor.

Hay que considerar también, que desde los años 60 y 70, el término esclavitud encubre una multitud de formas de explotación del trabajo: existe el trabajo puro sometido a un régimen de coerción física para trabajar en el ingenio. Estaba el esclavo alquilado, que tenía un régimen distinto: estaba prohibido castigarlos y recibían para sí, una parte del alquiler pagado. También estaban los esclavos jornaleros, una variante de la anterior, se contrataba personalmente con el ingenio como trabajador asalariado y periódicamente, por otros acuerdos distintos, pasaban a sus amos una cierta cantidad de dinero para que les permitiera ese estatus de semilibertad y libre contratación. Junto a ellos trabajaban negros y blancos libres, chinos y yucateros contratados (semi-esclavos) y en ocasiones, también presidiarios. Esta situación casi aberrante del sector laboral, era un freno al desarrollo capitalista y la ley de abolición fue un vehículo en el proceso de racionalización productiva.

Respecto al estatus del esclavo, comida, ropa y casa, fueron tres factores de la producción cuidadosamente organizados y regulados a partir de la década de 1820. En síntesis, la irregularidad en las importaciones de alimentos, la crisis de la producción alimentaria autóctona y el incremento de la población consumidora, todo ello al unísono, repercutió dramáticamente el nivel de vida del esclavo. Después, el vestuario era tan reducido, que frecuentemente andaban vestidos de harapos o semidesnudos. La desnudez del esclavo no importó al amo, pero sí a la moral pactada de los grupos blancos de la ciudad. El vestuario de los negros planteó en Cuba, por primera vez y con amplitud, el problema de la producción de ropa barata en serie.

Por otra parte, los grandes barracones de la década de 1850 marcan la cumbre y desintegración del sistema manufacturero esclavista. El barracón fue el máximo signo de la barbarie esclavista. Satisfechas comida, ropa y albergue - funche, esquifación y barracón- el otro servicio fundamental dentro del sistema de vida de las plantaciones azucareras fue la asistencia médica. Pero lo cierto es que los caracteres abusivos y explotadores de la esclavitud, se van acentuando a medida que se crean y crecen los cultivos comerciales y se pretende intensificarlos. A partir de 1790, el crecimiento azucarero transforma progresivamente a la esclavitud en un sistema represivo y esquilador de todas las facultades y

energías vitales del esclavo. Esto continuará a lo largo del período: más rendimiento y menos vida para el esclavo. La situación se agudiza desde 1810 en adelante, cuando surge el terror frente a la masa de esclavos. Lo que importa es obtener rápidamente, grandes beneficios del trabajo esclavo; o sea, se reduce la vida útil del esclavo por el aumento de su explotación.

VIII. A MODO DE CONCLUSION

Considerando que la forma capitalista de producción descansa en el trabajo asalariado para mover las fuerzas económicas y necesita, para su creación, de una previa acumulación de dinero; dado que el capital efectivo no estaba, en Cuba, en manos de los hacendados que controlaban los medios de producción de la manufactura azucarera, los más conservadores de los antiguos dueños, parece ser, que mantuvieron y explotaron a sus esclavos mientras les fue posible: se aferraron a ellos por considerarlos parte del capital invertido, atándose a un pasado condenado a desaparecer. El proceso de industrialización se tradujo así, en la rápida desaparición de las unidades menos eficientes. Por su parte, los reformistas, excelentes conocedores de la sociedad de su época, reconocieron, paladinamente, que la esclavitud impedía la acumulación de capitales en manos de los hacendados cubanos, y sin esos capitales, la renovación de la industria azucarera, era un imposible económico. Pero por encima de todo, el surtido abundante y barato de esclavos que daba la trata, y el alto precio del azúcar, determinado por el monopolio que el azúcar cubano ejercía en el mercado mundial, hicieron posible que, en el siglo de la revolución industrial, el trabajo esclavo sostuviera a la sociedad colonial.

Por último, las máquinas son atendidas por hombres libres. La manufactura inglesa elabora telas y objetos que requieren compradores. El esclavo no compra porque carece de poder adquisitivo. Considerando que se plantea la cuestión de la liberación de los esclavos, ya que aumentará el número de compradores y beneficiará a los empresarios, por lo que Inglaterra insistirá en el cese del tráfico negrero y propone a los demás países europeos la supresión del aprobioso negocio, utilizando para ello, argumentos morales y materiales y presionando con su diplomacia en las capitales europeas, ("la propaganda pretende en las conciencias de miles de hombres de fe la constitución de sociedades abolicionistas" Carreras, 1985: 16), podemos plantear que la renovación del sistema productivo no será una simple problemática de instalación de equipamiento industrial, sino de renovación a nivel social e institucional y que no podrá llevar a cabo con los elementos esclavistas.

BIBLIOGRAFIA

CARRERAS, J. (1985) Esclavitud, abolición y racismo. La Habana, Editorial de las Ciencias Sociales.

CEPERO BONILLA, R. (1976) Azúcar y abolición. Barcelona, Crítica.

DESCHAMPS CHAPEAUX, P. (1971) El negro en la economía habanera del siglo XIX. La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

GARCIA REGUIRO, O. (1970) "Génesis de la problemática agraria cubana" en Cuba: raíces y frutos de una revolución. Madrid, IEPAL.

LE RIVEREND, J. (1972) Historia económica en Cuba. Barcelona, Ariel.

LOPEZ SEGRERA, F. (1973) Cuba: capitalismo dependiente y subdesarrollo (1510- 1959). México, Diógenes.

LUCIANO FRANCO, J. (1980) Comercio clandestino de esclavos. La Habana, Editorial de las Ciencias Sociales.

MORENO FRAGINALS, M. (1978) El Ingenio. El complejo económico-social cubano del azúcar. La Habana, Editorial de las Ciencias Sociales. 3 vol.

MORENO FRAGINALS, M. (1983) La Historia como arma y otros ensayos sobre esclavos, ingenios y plantaciones. Barcelona, Crítica.

OPATARNY, J. (1986) Antecedentes históricos de la formación de la nación cubana. Universidad Carolina de Praga.

PEREZ DE LA RIVA, J. (1978) El barracón: esclavitud y capitalismo en Cuba. Barcelona, Crítica.

PEREZ MURILLO, M^a. (1988) Aspectos demográficos y sociales de la Isla de Cuba en la primera mitad del siglo XIX. Universidad de Cádiz.

